

NO SOMOS PARTE DE UN ESPECTÁCULO

Es fácil saber el porcentaje de mujeres que forman parte de una empresa, también de personas racializadas o con discapacidades, pero ¿Cuántas veces has visto alguna persona transgénero trabajando de cara al público?

Soy licenciada en derecho, especializada en derecho mercantil y administrativo, una mujer transgénero de 28 años que, desde que salió del armario, no ha hecho más que chocarse con la realidad día tras día.

Mi primer contacto con la transfobia a mayor escala fue cuando mis padres se divorciaron a los meses de iniciar mi transición, me llamaron a declarar en el juicio y se estuvieron refiriendo a mí con mi antiguo nombre y con el pronombre “Él”, cuando hasta en mi DNI ponía Diana.

Aquello no solo me dolió porque era mi padre, y aunque no me hubiera apoyado le quería igual, sino que me sentí humillada e invalidada, como si toda la lucha conmigo misma durante años para entender que me pasaba no sirviera de nada, porque si ellos me percibían como hombre yo lo era y punto, sin importar como yo me sentía.

Los primeros días en sitios nuevos siempre eran horribles, el primer día de instituto, de universidad, de autoescuela o de conservatorio. Nunca sabías como podían reaccionar o como te iban a tratar desde entonces. Presentarte como mujer cuando tu apariencia física no lo parecía tanto según su juicio, no era nada fácil. Pero no quería quedarme en casa, no quería reducir mi círculo, quería ser yo, y cumplir mi objetivo: ser abogada y conseguir que en los tribunales se tratase a todo el mundo de forma digna, para evitar que nadie pasara por una situación como la mía.

Bufetes de abogados, gestorías, departamentos en empresas, dependienta de tienda, camarera, cajera, etc. Estos son los trabajos a los que llevo intentando aplicar durante 7 años, de los cuales me han rechazado en todas las entrevistas presenciales.

La frustración de pasar todas las fases de selección por tus títulos, capacidades y aptitudes, y en el momento en el que la entrevista se convierte presencial saber que va a suceder, ver ese gesto de confusión y desprecio al mismo tiempo, ver cómo te miran a la vez que leen tu nombre y se te acercan asumiendo que es un error, y que esa no eres tú.

Pero ya no solo es el ser rechazada, es la forma en la que se hace, la cantidad de veces que me he encontrado con preguntas como “pero ¿cuál es tu nombre real?”, “¿y estás operado?”, “¿Por qué tienes esa voz?”, y eso es en el mejor de los casos. Cuando tienes suerte de no recibir un “el teatro esta en la otra calle, vete ha hacer shows a otra parte” como si por el simple hecho de tu identidad u orientación sexual tu único destino fuese hacer drags shows y no trabajar en cualquier otro empleo como cualquier otra persona.

Mucha gente me dirá que este problema no es real, que me busque otros trabajos donde “no se me vea tanto”, o que me esfuerce más porque “no se me note tanto”, pero realmente el problema no está conmigo, está en los prejuicios de la sociedad, que tienden a excluir a todo lo que no es como ellos. ¿Por qué mi apariencia debería importar si desempeño bien mi trabajo?, ¿Por qué debo conformarme con estar en la sombra?

He estado años sobreviviendo, trabajando en discotecas de ambiente, juntándome con gente del colectivo y buscando trabajos dentro de ese círculo para poder pagar el alquiler y las facturas. Pero no quiero tener que juntarme solo con “gente como yo”, como si fuésemos apestados de la sociedad y debiéramos de vivir entre nosotros excluidos del resto. Somos parte de la realidad, somos parte de la sociedad y como tal debemos de poder formar parte de ella de forma activa y real, no sobre el papel de la teoría.

Quiero poder llegar a una entrevista y que me pregunten por las cualidades relacionadas con el puesto, y no por mi voz, mi pelo o mis genitales. Quiero ver a más gente del colectivo ocupando puestos laborales de todos los ámbitos y niveles, y no solo poder verlos en un bar de cierto barrio, con cierta fama.